

Poder y prepotencia

Con profunda preocupación muchos argentinos hemos visto crecer, en los últimos años, una atmósfera política diferente y enrarecida. Una que, paso a paso, se ha ido plagando de una actitud de prepotencia. Especialmente en los más altos rincones del poder. Como nunca, hasta ahora, al menos en un marco de pretendida normalidad democrática.

Hay ciertamente quienes -en esta fea etapa de la vida nacional- abusan abiertamente de su autoridad, simplemente porque la tienen. Pero también hay quienes -peor- abusan de su poder porque parecen no poder evitarlo. Porque son así, entonces.

Como actitud, la prepotencia -cuando inunda los discursos y condiciona las conductas- se instala en todo el plexo social, cual endemia.

Desaparecen entonces -rápidamente- el respeto, la civilidad y la tolerancia. Lo que es grave, porque la sociedad se llena de arbitrariedad y violencia, en todos sus rincones.

Esto sucede cuando la arrogancia se transforma en un “estilo” que la gente asocia con el éxito, o con el poder, y se convence de que produce algunos “réditos”. Buenos o malos, pero “réditos”.

Esto tiene a gran parte de nuestra ciudadanía entre atónita y desconcertada. Porque se trata de un fenómeno patológico, nada habitual, casi desconocido. Para muchos, desconcertante. Lo cierto es que la prepotencia como instrumento utilizado desde el poder tiene, entre nosotros, muy pocos antecedentes en los tiempos recientes y (más allá de los gobiernos “de facto”) hay que remontarse hasta la década de los 50, para encontrar -inequívocamente- a quienes lucen como los precursores más claros y cercanos de este burdo “estilo de gobierno”.

La intimidación como instrumento

Hay demasiados para quienes gobernar pareciera ser sinónimo de intimidar, agredir o denostar. Para ello recurren, a la vez, a tratar de enfrentar y alejar a unos de otros, o a dividir. Peor, a pregonar constantemente la “lucha de clases”, sin definir así ni sus mensajes, ni su política, ni -mucho menos- sus propuestas concretas, claro está.



Para ello siembran constantemente el odio y los resentimientos. Así desgarran el plexo social y postergan “ex-profeso” las reconciliaciones. Así separan y dividen, presuntamente para triunfar. A cualquier costo, siempre en busca de mantener o acrecentar el poder propio.

Con el discurso prepotente y la multiplicación permanente del mismo a través de los medios de comunicación masiva -muchos sospechosamente “cercaños y adictos”- se lastima, demoniza, insulta, ridiculiza, humilla y desacredita, hasta el cansancio. Se destruye, entonces.

Esto es, quede claro, expresión inequívoca de una preocupante tendencia hacia el autoritarismo populista que ya no puede dejarse de advertir. Sus frutos son especialmente peligrosos, atento a que esta prédica cercena las libertades.

Los “bullies”

Estos personajes de la política son los que en inglés se denominan “bullies”. Esto es, los pendencieros. Los que entran en conflicto con todos y por todo. Como si esto fuera normal o inevitable y la armonía, en cambio, solo un sueño imposible.

La mejor aproximación general a cómo son efectivamente estos “dirigentes” está contenida en el libro de Jay Carter, titulado: “Gente Desagradable” (“Nasty People”), cuando nos dice: “Los pequeños Hitler están entre nosotros todos los días, atormentándonos con sus promesas, alegrándose de nuestras debilidades, exigiendo nuestra confianza, nuestros votos y nuestras vidas, mientras permanecen totalmente indiferentes a todo, con excepción de su sed de poder”. Clarísimo.

Intimidar, recordemos, es una manera conocida de recurrir a la violencia psíquica. Es una conducta que apunta a infundir temor, como constante. Supone en el actor una actitud amenazadora, que generalmente es expresión de su crueldad interior y que apunta deliberadamente a ejercer o a tratar de ganar poder sobre otras personas. Esta conducta es por cierto reprobable y destructiva.

Sus actores son normalmente personas que no toleran las diferencias de opinión, ni las disidencias y se sienten superiores o “dueños de una verdad”, la “suya” naturalmente, que pretenden sea la única.

Saben como se humilla, exagerando nuestras debilidades, usándolas para debilitarnos frente a la sociedad, de modo de avergonzarnos. Lo mismo tratan esos personajes de hacer con los defectos que todos tenemos. Con frecuencia adoptan -reitero- una postura dura e inflexible: la del que cree que no se equivoca nunca.

Para quienes resultan sus circunstanciales “blancos”, esa situación supone tener que enfrentar sensaciones de miedo, vergüenza, vulnerabilidad, tormento o disminución. Y, a veces, todas ellas a la vez.

Esto es lo que nos dicen algunos especialistas en cuestiones de violencia, como Jane Middleton-Moz y Mary Lee Zawadski, en su obra “Patoteros” (“Bullies”), publicada en el 2002. Estas lamentables sensaciones, cuando resultan frecuentes, llenan a sus víctimas de ansiedad. Por largo rato.

La actitud “patotera” -cabe destacar- no es una conducta casual. Es intencional, voluntaria y repetida. Es dañina y degradante, por demás. Y, cuando no se combate o enfrenta, se transforma casi siempre en permanente.

El “efecto contagio”

Cuando esta fea actitud contagia a todo un grupo ella es aún más peligrosa e incontrolable. En este caso, en inglés ella se denomina “mobbing”, o sea la conducta irracional, casi animal, propia de las turbas. Esto es, todo lo contrario de la educación, y de la cortesía. Por esta razón, con el tiempo estas actitudes derivan en un rechazo generalizado, al que el temor suele postergar, aunque solo por un rato.

Lo más grave es que es sabido que los “patoteros” no se detienen si no son enfrentados. Crecen, en cambio. Rara vez modifican sus conductas. Porque, en rigor, necesitan de sus víctimas. Librados a su voluntad, tan solo empeoran. Pero animarse a enfrentarlos requiere coraje, siempre.

Cuando estos actores sociales están en el poder, el fenómeno adquiere características preocupantes porque los cuantiosos recursos de los que entonces disponen magnifican su capacidad de daño; los protegen; y hasta, a veces, los estimulan.

Los “provocadores” y los “prepotentes” temen enfrentar sus propias inseguridades. Y mucho más, tener que responder alguna vez por sus conductas.

Tienen también tendencia a usar la información de que disponen, así como el poder que se les ha conferido, para manipular la realidad, falsear la verdad y deformar las circunstancias y hasta la historia, a su gusto y paladar. Torcidamente, por supuesto.

La necesidad de enfrentar la prepotencia

Lo grave -insisto- es que si no se los detiene a tiempo, sus conductas se agravan y sus maldades hasta se “refinan”. Basta recordar cómo Hitler fue capaz de convencer a muchos de sus seguidores de que los judíos eran los “responsables de la declinación económica de los alemanes”, como presuntamente habían sido, años antes, de la “peste negra”. De allí a su masacre genocida fue -desgraciadamente- solo cuestión de tiempo.

Para las víctimas, no enfrentar en algún momento el abuso de los “prepotentes” es resignarse a aumentar paulatinamente la sensación de dependencia de sus conductas y el malestar espiritual que inevitablemente los cubre. Lo que sus victimarios suelen minimizar. Quizás porque ocurre que desde una situación de poder es posible confundir resignación con convalidación. O interpretar que la tolerancia es un endoso. O que la pasividad es complacencia. O peor, que el silencio es conformidad.

Pero cuando, tarde o temprano, aparece en las víctimas la sensación de una inaguantable pérdida de dignidad o la necesidad de recuperar un mínimo de respeto, la reacción que esto provoca es capaz de generar verdaderas sorpresas mayúsculas.

Estas reflexiones son -reconocemos- particularmente duras. Pero son auténticas. No se “integran” con la atmósfera exitista que se siembra desde el poder, con la complicidad de algunos medios.

Nuestra sociedad se ha llenado -de pronto- de miedo. Por una ola de agresividad permitida y hasta estimulada. Por esto nos viene a la memoria aquello de José Ingenieros cuando decía: “Halagar a los ignorantes y merecer su aplauso, hablándoles sin cesar de sus derechos, jamás de sus deberes, es el postrer renunciamiento a la propia dignidad”. Toda una clarividente predicción de lo que, como nación, nos iba a suceder algún día ■

El Director

Nota: A nuestros lectores: en el Número 5 de “Agenda Internacional”, por una inadvertencia, omitimos señalar que el artículo de David Pryce-Jones es una traducción al español de su versión original publicada, en inglés, por la revista norteamericana “Commentary”, que amablemente autorizó su traducción y posterior publicación en Agenda Internacional.

Agradecemos, una vez más, a “Commentary”, y a su Director Neal Kozodoy, su constante apoyo.

LA DIRECCIÓN